

SUMARIO

Capítulo de romerías, por C. Solsona.—
A muerte, por Angel Avilés.—Olvidos voluntarios, dolores de Campoamor.—A un amigo filósofo, por Manuel del Palacio.—Guervo, cuento, por Clarín.—Últimos sonetos, por M. M. de Santa Ana.—Desde el boulevard, por R. Blasco.—Carta semanal de Lóncfres, por B. de Oya.—Funcion de desagavios, por F.—El Foto-club, por F. M. Lanuza Redondo.—Mosaicos madrileños, por M. Ossorio y Bernard.

CAPÍTULO DE ROMERÍAS

Estas diversiones pasaron. De aquella multitud bulliciosa y pintoresca, concurrente y parroquiana de la pradera de San Isidro, el Canal, la Florida y el Pardo; de aquellas comparsas de la clásica y gentil manera que se recogía periódicamente con ingenua y alegre desenvoltura, no queda ya más que el recuerdo. Ni hoy van á San Isidro otros que los homónimos del santo, ni al Canal más que párvulos y zagalones, ni á la Florida nadie; ni ya se medio ven y medio se sospechan aquellas buenas mujeres! al estribo de un coche, como dice D. Juan de Zabaleta, sentadas al sesgo, ni bien toda la cara á la calle, ni bien adentro toda.

Méjor han de durar estas fiestas populares de lo que se ha pretendido, juzgándolas inspiradas por un sentimiento religioso y mantenidas por el vicio de la holganza y otros peores. Antes que la ermita, acabó y acabará la romería, sin perderse la afición al jolgorio: que según lo que en esta patria querida se desahoga y lozanea la gente en los días de sol, y en los de sombra, ni hay tierra más feliz en el mundo, ni cabe tampoco imaginaria.

Hoy sobran pretextos y verbenas dentro de la misma ciudad para todas las expansiones, y el Peiron del santo peregrino, la capilla á la intemperie de la Virgen milagrosa, la Cruz de piedra en el sendero abandonado, y las cuatro paredes del santuario sin vecinos, sobran para la música y el baile, el braceo y el retozo de domingo á domingo, si no cae entre semana, que si cae también se aprovecha, alguna otra fiesta de guardar y de solazarse al estilo del pasado, del presente y del porvenir.

La primera romería acabada es la de San Eugenio, justamente acabada quizá por la misma intercesión del santo cerca de quien todo lo decreta, porque todo lo puede. Ingratas habían de ser al varon eminente, que si quiera en efígie las presidia, aquellas escenas picantes junto al primitivo palacio de Carlos V y en las orillas del agotado Manzanares. Santo como San Eugenio que escapaba á los ruidos de la corte en Toledo para hacer penitencias y estudios con San Braulio, obispo de Zaragoza, y después educaba en su propio saber y en su misma virtud á discípulos que también fueron santos y arzobispos como San Ildefonso y San Julian; presidente de tres concilios famosos; teólogo extraordinario; uno de los mayores sabios de su siglo (séimo de nuestra era), y no menos sabio porque fuera aquél ciertamente un siglo de poca sabiduría; no se explica por qué razones y devociones vino á ser patron de romería y titular de capilla extramuros en la del Pardo, pues allí está en figura de talla, sólo al santo parecida por lo reducido de sus proporciones y de su estatura, bien que medrado fué su espíritu y acendrado su fervor en el ejercicio de todas las virtudes. A no ser que como primado de las Españas y arzobispo de Toledo sea aquí más oportuno su culto y más debida la veneración á su santidad.

Mueren estas romerías porque no las sostiene el favor del cielo á fuer de mundanas y fáciles al pecado.

¿Y cómo habían de perpetuarse por otros motivos? El dulce fruto del árbol que con sus ramas simboliza la fuerza y entrega sus hojas para teger la corona de los conquistadores; aquella sabrosísima almendra de la piel fibrosa y la áspera corteza sazonada por el fuego del viejo corazón de la encina; la bellota, en fin, nutritiva y suculenta, que ya nos gusta menos á todos, así al natural y recién sacudida del árbol, que transformada en las conservas y salazones de Avilés y Trevélez, porque también el paladar tiene sus caprichos; perdió la virtud de juntar á los romeros y llevar más devotos al santo de la iglesia que los ofrecidos en ansias de peligrosa dolencia y malestar gravísimo.

Bellotas por bellotas, hoy prefieren cualquiera las moradas y oscuras del bastón del último alcalde municipal

á las mejor ovaladas, amarillentas y oleosas de las encinas del santo.

Las multitudes que espontáneamente se reúnen lo hacen ahora con otros fines más prácticos y mejor calculados que aquellos impuestos por la casualidad ó la providencia. Hoy no se organizan para una fiesta de doce horas, sino para un poder de veinticuatro pagas mensuales por lo ménos, y en lugar de romerías se llaman partidos. A la devoción del santo ha sucedido la devoción al gobierno, y al vicio de la danza y la merienda el amor al empleo y á los haberos que por clasificación le corresponden.

De aquellas muchedumbres se dijo que «Dios los cria y ellos se juntan».

Quién sabe si de estos partidos políticos, andando el tiempo, se dirá que: «Dios los junta y ellos se recrian.»

Y perdona el lector esta fuga política anotada al pasar como comentario del día en períodos electorales.

Es evidente que la fé se arriesga y peligra en aquellas procesiones. El instinto popular que así lo comprende, ha dicho lo siguiente: *A las romerías y á las bodas van las locas todas.* Y ha juntado las dos romerías, no solo porque en muchas ocasiones esta unión bendita de la mujer y el hombre se festeja á campo abierto en setos y praderas del aprovechamiento común, con músicas alegres y festin de toda calidad y especie de alimentos; sino también por otras cosas más naturales aunque ménos sabidas que siempre en tales divertimientos ocurren.

Bien se vé cuán expuesta es al pecado la romería, por lucida y regocijada que se presente. En cambio si se agna la fiesta de los romeros, ó la cosecha se pierde, ó el mercado sin la protección del santo se desbarata y arruina, ó el milagro no se muestra de una manera patente y notoria; ¿dónde van las maldiciones y juramentos?—Porque todo guijarro y arma arrojada bien boleada por los más rebeldes, ya se sabe que lleva el camino de la imagen colocada sobre la puerta y en hornacina sin defensa y desamparada. Mas de cuatro santas esculturas hay en la tierra desmoronadas, y más de cuatro santos hay en el cielo que á poder preguntarles como festigos, confirmarían seguramente aquellas impiedades atroces.

Nada pierde en estas irreverencias el agredido, y todo lo pierden para su salvación el agresor y el impío.

Ya dijeron hasta los mismos sectarios del paganismo que no inquietan al sol las flechas disparadas al cielo, ni alteran á los dioses los golpes que se dan á las estatuas.

Pero se peca entre nosotros grave y mortalmente con tamaños desafueros; y quien suprime la romería, si cosa buena suprime, no deja de suprimir al propio tiempo multitud de cosas ajenas, malas de veras y de toda suerte peores.

En cuanto á los aficionados á las expediciones campestras allá quedan sin censuras con su afición. Combatir la mezcla de lo religioso y lo profano no es condenar la gira higiénica ni el paseo medicinal de los anémicos y de los inapetentes.

Y no creo que nadie me censure por mi oposición á las romerías, ni se altere nadie por los razonamientos buenos y muchos que abonan y aconsejan su fin cercano, pues en otro caso podría confundirlos con aquel profesor de Lógica en la Universidad de Salamanca, á quien, según el padre Feijóo, le dió una apoplejía de resultados de un argumento.

CONRADO SOLSONA.

1890.

A MUERTE

I

Habríamos oisentido mucho. Cada cual de los grupos de padrinos que defendía á uno de los dos adversarios había expuesto los hechos constitutivos de la ofensa, y la consecuencia fatal parecía ser el duelo.

Por parte de nuestro ahijado ó apadrinado éramos: un antiguo juez y periodista más antiguo, y yo, que también viví algún tiempo de escribir en papeles públicos, oficio que hace algunos años era precedente y fundamento de la vida administrativa, y más aún de la vida política.

Los padrinos del otro eran: un coronel retirado, hombre inteligente y enérgico, lleno de simpática aunque ruda cortesía, y un médico, que, después de haber servido en el ejército, dedicaba su ciencia al cuidado de sus

resquebrajada salud, más bien que á atender á la de otros enfermos.

No pudimos entendernos en las dos primeras conferencias; pero en la última de ellas, las asperezas primitivas se habían suavizado, y yo pedí que se me dejase redactar un proyecto de acta que, si merecía la aprobación de todos, podría terminar satisfactoriamente el conflicto.

Y así fué, por fortuna. Procurando dejar á salvo el honor de todos, aunque sacrificando algo del amor propio de cada uno, hice un documento que pudimos firmar los cuatro padrinos y aceptar los dos adversarios, no sin que el coronel le oyera leer dos veces y le relejera otras tantas por sí mismo.

—Yo, para mí, no le aceptaría—dijo;—pero tiene usted razón: nuestro mayor deber es evitar la efusión de sangre, y acaso una irreparable desgracia. Confieso que conozco usted perfectamente la esgrima de la pluma, más útil quizá en estos casos que la de la espada.

—Gracias, mi coronel, por la lisonja—le contesté;—he hecho cuanto he podido por llegar á un arreglo, salvando la honra y tal vez la vida de nuestros respectivos amigos.

El médico, que durante las conferencias siempre se inclinaba al arreglo amistoso de la cuestión—por lo cual á veces le cortaba un poco duramente la palabra el coronel,—aplaudió con viveza el acta; y mientras se pusieron en limpio los dos ejemplares de rúbrica, vuelto como por ensalmo á su nativa locuacidad, nos contó algo que, por parecerme interesante, voy á tratar de referir en breves términos.

II

—Celebro tanto más este feliz desenlace—dijo el buen doctor,—cuanto que no siempre he podido obtenerlo.

Recuerdo que hace algunos años, y sirviendo yo aún en la milicia, estábamos de guarnición en la ciudad de C... capital de su provincia. Un día vino á buscarme el capitán de la primera compañía de mi regimiento para preguntarme si tendría inconveniente en servir de padrino á un joven abogado, amigo suyo, que había tenido una cuestión con otro joven de la población, ingeniero de minas, ambos de la mejor sociedad. Algo de rivalidades amorosas, ciertas miradas provocativas y un inesperado rozamiento en el estrecho pasillo del teatro dieron por resultado la cuestión llamada de honor.

Fuimos á buscar al ingeniero, guapo mozo, finísimo y agradable, que nos indicó los nombres de las dos personas con quienes habíamos de entendernos.

Nuestro ahijado era también un muchacho muy guapo, aunque me pareció desde el primer momento algo presuntuoso y vivo de genio: él fué, en efecto, quien provocó el lance con sus palabras altaneras é inconsideradas.

Reunidos los cuatro padrinos en un salón del casino, comenzó por decir el capitán que nuestro ahijado declaraba haber ofendido á su adversario, y que, por consiguiente, correspondía á éste la elección de armas, dado que por ningún concepto quería aquél que la cuestión se redujese á una ridícula pantomima, terminada por el apretón de manos, las palabras de excusa ó disculpa y aun el correspondiente almuerzo, en que solo queda bien el fondista.

—Nosotros, sin embargo—contestó uno de los padrinos del ingeniero,—consideramos que en realidad no hay verdadero motivo para un lance, y nos parece que pudiéramos tratar de evitarle, sobre todo porque nuestras instrucciones son que, de verificarse el duelo, ha de ser cosa seria, y mediante condiciones particulares que equilibren las circunstancias de los combatientes, hoy tan distintas, por ser un excelente tirador su ahijado de ustedes y no haber cogido nunca el nuestro en la mano una espada, ni un sable, ni una pistola.

—Pues, señor mío, pensar en que no haya duelo es excusado, porque hoy ya todo el mundo se ocupa en la ciudad de este lance, y terminar el asunto por la concubida acta sería ridículo para nuestros ahijados y aun para nosotros mismos.

(El bueno del capitán—observó el doctor—entendía que un padrino quedaba en mal lugar si no exponía á su ahijado á romper ó á que le rompiesen algo, el alma inclusive.)

—Ruego á usted que no se amontone, porque nosotros tampoco pretendemos dar excusas en el sentido desprecioso de esta palabra. Hubiéramos, sí, deseado un arreglo honroso sin acudir al terreno; pero ya que esto

vemos que es imposible, deseamos poner á ambos adversarios en condiciones de igualdad para el lance, pues, como usted comprende, lo contrario sería autorizar un asesinato, y á eso no estamos dispuestos.

—Ni nosotros tampoco—dijo el capitán;—pero veo difícil que pueda conseguirse tal cosa, dada la inhabilidad absoluta de su ahijado de ustedes en las armas, y tratándose de un encuentro á primera sangre.

—En efecto, también nosotros creemos, no ya difícil, sino imposible conciliar ambas cosas, y por eso hemos creído que el lance tiene forzosamente que ser á muerte.

—Hombre, eso sería una atrocidad—exclamó el capitán,—porque no hay, ni con mucho, motivo para tanto.

—Pues entonces—replicó el otro,—como quiera que su ahijado de ustedes confiesa que ha ofendido al nuestro, le presenta sus excusas y queda terminado el asunto.

—Eso nó!—gritó casi el capitán.—Ya he dicho á ustedes que median-do yo no ha de acabar esto en la fonda.

—Está bien, y no tenemos empeño en tal cosa, pues nuestro ahijado, aunque no maneja las armas, es hombre de honor y de corazón y no pretende que haga nadie lo que conceptúe indecoroso, y él no haría tampoco en su caso. Con él hemos pensado y discutido la solución, que al fin aceptamos, y propondremos á ustedes, si es que á ustedes no se les ocurre otra mejor.

—Yo confieso por mi parte—dijo el capitán—que no encuentro ninguna.

—Ni yo tampoco—añadió.—Pues bien señores, ¿no se trata de mostrar que el hombre de honor arrostra todo peligro por conservar limpia su fama?

—Precisamente.

—La cuestión se reduce, por tanto, á colocar á nuestros ahijados frente á frente á un peligro igual, donde muestren su valor, y del que, aun saliendo sin vida uno de ellos ó ambos, queden los dos con su honra intacta.

—Exacto; pero no veo el medio, puesto que su ahijado de ustedes no maneja las armas y el nuestro sí.

—No solo ante una espada ó una pistola hay peligro, señor capitán; y su compañero de usted, el señor doctor podrá decirle si cuando la última epidemia de cólera, y aun ahora ante la de viruela, corrieron y corren peligro los médicos, los practicantes de hospital, las Hermanas de Caridad y hasta los individuos de la familia y los amigos de los enfermos.

—Nada más cierto, asentió.

—Pero no veo que todo eso, aunque exacto, tenga relación con nuestro asunto—repuso el capitán.

—Ya verá usted como la tiene. Pero antes, permítame usted que le diga que el recuerdo de las costumbres y hábitos de épocas ya pasadas, sobre todo de la Edad media—para no hablar de hábitos y costumbres más antiguas ó de naciones bárbaras—en que las cuestiones llamadas de honra y aun las judiciales se resolvían por medio de las armas, ese recuerdo, digo, vá perdiéndose, y hoy el hombre emplea su energía, su valor, su habilidad, en domar la naturaleza, en combatir la enfermedad, la muerte, los males todos; lo cual es más racional, más digno, más útil, más...

—Amigo, todo eso es muy filosófico; pero no le veo la aplicación al caso presente.

—A eso voy. Todos sabemos que existe hoy en esta ciudad una epidemia de viruela.

—En efecto. ¿y qué?

—Que hemos acordado con nuestro ahijado proponer al de ustedes, que el duelo se verifique en la siguiente forma: Ambos irán con el señor doctor al hospital, donde á cada uno se le confiará el cuidado de un varioloso del que no ha de apartarse hasta que le vea sano ó muerto.

—Hombre eso es un disparate!

—¿Cómo disparate? De modo, mi capitán, que á usted le parece disparate asistir á un enfermo, y no se le parece darse euclilladas ó dispararse tiros, como si los hombres fuesen árboles que podar ó alimafias que destruir!

—Pero es que eso de enidar á un enfermo nada tiene que ver con ventilar un lance de honor.

—Es lo mismo como nuestra de valor, y más racional, y más humano, y más noble en el fondo y hasta en la forma. En fin: esta es nuestra proposición, y si su ahijado de usted no la acepta; se expondrá á que le tilden de cobarde ó de haberse querido prevaler de una habilidad, cuya carencia no supone falta de corazón ni de honor, que ambos le sobran á nuestro ahijado.

—También le sobran al nuestro.

—Pues que lo demuestre aceptando el único medio que existe de hacerlo así en la ocasión presente. Esta es nuestra última palabra. Ustedes consultarán con su apadrinado y podrán comunicarnos mañana su resolución.

Así lo hicimos, y no podré expresar á ustedes el asombro que de él se apoderó. Su primer impulso fué rechazar la proposición; pero como no tenía salida el argumento de los contrarios, llevado del puntillo del honra, aceptó al fin.

Maldito lo que al capitán le agradaba la cosa, entre otras razones porque, como padrino, había de verse obligado á ir diariamente dos ó tres veces al hospital á ver si los combatientes estaban en su puesto; y él, que tenía en su hoja de servicios la nota de *valor probado*, experimentaba (según luego me confesó) escalofríos, y se le ponía *carne de gallina* (estas eran sus palabras) al penetrar en la sala de variolosos.

Yo, en cambio, estaba en mi elemento.

En cuanto á los duelistas, el ingeniero se mostraba sereno, aunque estaba pálido y grave, el abogado sentía repugnancia y un como azogamiento, indicio no ya de miedo, sino de terror verdaderamente.

La cosa, señores, no es para ménos. Ustedes habrán oído hablar de la presentación y curso de la enfermedad variolosa; pero acaso no sepan detalladamente por qué terrible manera ataca al hombre. Para que formen ustedes idea de ello, voy á leerles una página de esta *Historia de la Medicina*, que acabó de comprar en casa de Fé. Es la descripción que de la viruela hizo, algunos siglos antes del descubrimiento de la vacuna, el gran Avicena (Abu-Ibn-Sina):

«Los que son atacados por la enfermedad pasan repentinamente y sin causa á qué atribuirlo, de la salud más completa á un frío intensísimo que dura con frecuencia algunas horas y al cual sigue el calor de la fiebre. Sufren primero un ardor extraordinario en la cabeza, los ojos se les hinchan y la lengua y el paladar toman un color completamente rojo; toda clase de alimentos les repugnan y se quejan de rigidez en la nuca y de grandes dolores en el estómago, la cabeza, los riñones y las espaldas; estos últimos tan agudos que apenas les permiten moverse en el lecho. También les atormentan frecuentes vértigos y una gran dificultad de tragar. Un estornudo continuado anuncia generalmente el principio de la enfermedad, así que cuando se oye estornudar se pide á Dios que aparte el peligro. Los sufrimientos crecen á medida que una gran hinchazón se propaga por todo el individuo, especialmente en la cara, las manos y los pies.

«El cuarto día brotan en todo el cuerpo, empezando por la cara, unas manchas rojas que en las veinticuatro horas se convierten en vejigas, y cuyo contenido, al principio acuoso, se transforma después en pus y se hunde el centro de las vejiguillas ó pústulas. Aparecen al mismo tiempo una fuerte salivación, ronquera y tos; la luz les ofende, los ojos se les llenan de lágrimas, y algunos se quedan sordos, señal de que también son atacadas las partes interiores del cuerpo, como los ojos, los oídos, boca, garganta y paladar. Una gran diarrea, que deja casi agotadas sus fuerzas, aumenta considerablemente los sufrimientos de muchos atacados.

«Al sétimo día la fiebre es ménos intensa y parece que ya ha pasado el peligro mayor; pero al octavo se presenta un nuevo recargo, las pústulas se ensanchan y el pus que contienen se seca y forma una costra espesa que se pega á la piel. Terrible y espantoso es entonces el aspecto del enfermo: eiego, atormentado por la fiebre y los dolores más agudos, con todo el cuerpo cubierto de costras y pus, inflamado hasta el extremo de quedar completamente desconocido é ineficaz la atmósfera que le rodea, ya no es más que una masa informe, una imagen del sufrimiento, ante la cual las personas más queridas retroceden horrorizadas y el amor más acendrado se convierte en repugnancia y terror.

«La enfermedad ha llegado á su período ségido; empieza la desecación y la cicatrización; la intensidad de la fiebre disminuye y el paciente recobra el conocimiento para sufrir los tormentos de una picazón inaguantable. En vano ruega á sus enfermeros que le presten algún consuelo rascándole ó frotándole, pues si se atiende su súplica quedaría después mucho más desfigurado. El que resiste la enfermedad ofrece después de ella un aspecto lastimoso. Sobre todo su cuerpo, y en la cara especialmente, está toda-

la piel resquebrajada; donde estuvieron las pústulas se encuentran profundas cicatrices de un rojo azulado, que despues van haciéndose cada vez más claras.»

III

Quando el doctor acababa de leer este párrafo de la espeluznante, aunque exactísima descripción del gran médico de Córdoba, trajeron las actas copiadas, que nos apresuramos a firmar.

—Y ¿en qué paró el extraño y original duelo del ingeniero y el abogado de C...?—pregunté con curiosidad extraordinaria.

—Ya se lo diré á usted otro día, porque ahora me voy escapado á entregar el acta á mi amigo. Sólo le diré á usted que, á mi juicio, de existir los mal llamados lances de honor, deberían todos ventilarse como se ventiló el que he comenzado á referir á ustedes, y cuyo desenlace—supóngalo usted cualquiera que sea—tiene que ser más racional, más humano y más noble que el de cazarle los hombres unos á otros como fieras.

ANGEL AVILÉS.

DOLORA

OLVIDOS VOLUNTARIOS

¡Qué bien llevas los años que han pasado! Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo!

Recuerdas cuantos son? Yo lo he olvidado. Sólo á indicar me atrevo Que, desde el tiempo viejo en que te he amado, Barró el polvo de un siglo un aire nuevo.

CAMPOAMOR.

A UN AMIGO FILÓSOFO

(INÉDITA)

—¡Poeta!... Por el tono con que lo dices, sé que al par que me adulas de mí te ries; y sintiendo yo el mismo desden sublime filósofo! te llamo... ¿quién es más simple? ¿Tú que ideas y mundos pesas y mides, ó yo que canto, y sueño con lo imposible? ¿Tú, en la red del problema cautivo triste, ó yo, que hasta en el aire navego libre? A las sociales llagas que al hombre afligen aplicando el cauterio con mano firme, das esperanza al pobre de redimirse; yo le doy la camisa si me la pide. Los más puros afectos que al ser distinguen, juzgas del organismo funciones viles; y donde yo no alcanzo forma ni límite, tú ves razon, esencia, leyes y origen: ¿Cuál es aquí el soberbio? ¿cuál el humilde? Déjame pues, de Kantes Lockes y Fiches, porque en verdad te digo, rabies ó chilles, que tengo por sinónimos tesis y tisis.

MANUEL DEL PALACIO.

CUERVO

(CONTINUACION)

VI

D. Angel no perdonaba medio de desacreditar al otro. Para ello mentía si era preciso. De él salió la sospecha de que el título de Resma pudiera ser falso. Aquel rumor, que él fué alimentando, se convirtió en una intriga de partido más adelante; y combinadas las fuerzas de los *cuervistas* ó antihigienistas con las del bando político contrario *al en que militaba* D. Torcuato, se fué condensando la nube que al fin estalló sobre la cabeza del pobre médico que tuvo que escapar del pueblo, acusado, no se sabe si con razon, de falsario.

Respiró todo Laguna; respiró el alcalde; respiró el director del hospital; respiró Perico el fontanero; respiraron tambien el capellan del cementerio, los matarifes, las pescaderías, el señor del boliche, y respiró Cuervo, que si era cruel con su enemigo, tenía la culpa de que él tambien defendía su reino.

Si, en reino, que no era de este mundo ni del otro, sino un término medio (dicho sea con su permiso). Su reino estaba con un pie en la sepultura.

Y sin embargo, nada menos fúnebre y ageno al imperio pavoroso de las larvas que la vida y obras, ingenio y ánimo, gustos y tendencias de don Angel.

Así como pudo decirse con razon de Leopardi que en su poesía desesperada, á pesar de que la inspira la musa de la muerte, no hay nada que repugne á los sentidos, porque allí no se vé el aparato tético y repulsivo del osario, ni se huele la podredumbre, ni se vé la tarea saqueadora de los gusanos, ni se ven los chasquidos de los esquele-

tos; del propio modo en la poesía de Cuervo y en su ambiente se notaba una especie de paleritud moral, donde la limpieza consistía en la ausencia de todo signo de muerte, de toda idea ó sensación de descomposición, podredumbre ó aniquilamiento.

Justamente las grandes y arraigadas simpatías que D. Angel se habia ganado en toda Laguna y sus parroquias rurales nacían de esta atmósfera de vida, robustez, apetito y sosiego que rodeaba á nuestro hombre. Había quien aseguraba que con verie se les abrian las ganas de comer á las personas afligidas por un duelo. Si algun lector supone que esto es inverosímil, recordando que D. Angel vestía de negro y enseñaba apenas un centímetro de cuello de camisa, y esto poco no muy blanco, á ese lector le diré con buenos modos que por culpa de su indiscreta advertencia tengo que declarar lo siguiente: que la limpieza material no habia sido una de las virtudes cívicas por las cuales habria ganado la ciudad años atrás el título de heroica y muy leal; los lagunenses que cuando eran alcaldes ó barrenderos no barrian bien las calles, y que fuesen lo que fuesen las ensuciaban sin escrúpulo, no tenían clara conciencia de que Mahoma habia obrado como un sábio imponiendo á sus creyentes el deber de lavarse tantas veces. Ciudadano habia que se estimaba limpio de una vez para siempre despues de recibir el agua bautismal. Pero de este incidente enojoso é importuno.

Si, lo repito, Cuervo, sea lo que quiera de su limpieza material, era la alegría de los duelos. Me explicaré. Pero antes, y por no faltar al orden, considerémosle en sus relaciones con los moribundos y su familia.

VII

No visitaba á los enfermos mientras ofrecían esperanzas de vida. No era su vocación. El entraba en la casa cuando el portal oía á cera, y en las escaleras habia dos filas de gotas amarillentas, lágrimas de los cirios. Entraba cuando salía el Señor. Llegaba siempre como sofocado.

«¡No sabia nada, no sabia que la cosa aprubaba tanto!... Hablaba más alto que los demás; pisaba con ménos precaucion y respeto; no temía hacer ruido; traía de la calle un aire de frescura y de esperanza. Ante los extraños, merced á signos discretísimos, casi imperceptibles, pero muy significativos, daba á entender que se hacia el tonto por animar á la familia.»

A esta le hablaba de la vida, de la salud del moribundo, como cosa que volvería probablemente. Los médicos se equivocan muy a menudo.

Y en tanto iba y venía y tomaba sus determinaciones, preparándolo todo, metiéndose en todo, con la maestría de la experiencia y de la vocación del arte. Entraba en la alcoba del moribundo, sin miedo, ni aspavientos, ni escrúpulos de monja, como él decía. Si el paciente *no daba pie ni mano*, mejor; pero si no habia perdido el conocimiento habia que atenderle y mirarle. Las manos de Cuervo, blandas y grandes, movían el cuerpo de plomo con habilidad de enfermera, sin lastimarle y con la eficacia precisa. Nadie como él para enganar al moribundo con las esperanzas de la vida, si eran oportunas, dado el carácter del enfermo. Era tambien muy discreto cortésano del delirio, como hubiera dicho Resma; los disparates de la imaginación que se despedía de la vida con una orgía de ensueños los comprendía Cuervo á medias palabras; por una seña, por un gesto, casi los adivinaba; y con la misma serenidad con que daba vueltas al pesado tronco, se atemperaba al absurdo, y veía las visiones de que el enfermo hablaba, *siguiéndole el humor de la fiebre* con santa cachaza, con una habilidad caritativa que las Hermanitas de los Pobres admiraban como obra maestra del arte delicado que cultivaban ellas tambien.

Ni el ojo avizor de la más refinada malicia podría notar en aquel trato de D. Angel con los moribundos un asomo de impaciencia contenida. Había, sin embargo, esa impaciencia; ¡pero qué recóndita, ó mejor, qué bien disimulada!

Si, D. Angel tenía *prisa*; no era aquella su verdadera especialidad: sabia tratar bien á los desahuciados, porque este trato era como una ciencia auxiliar, que servía de introducción á las artes de su vocación verdadera.

—Si yo manejo tan bien á los moribundos—decía él en el seno de la confianza—es por la gran experiencia que he adquirido zarandeando cadáveres al ponerles la mortaja y demás. El secreto está en moverlos como si fueran cuerpo muerto, en cuanto á lo de no contar con su ayuda, y en cuanto á lo de moverlos con cierto respeto que inspira la muerte.

Por fortuna, si así puede decirse, los que estaban muriendo no podían adivinar en el contacto de D. Angel lo que él pensaba al tocarlos.

Era muy partidario de darle *al enfermo lo que pidiera*, sobre todo comida fuerte, si lo pedía el cuerpo. Parecía querer alimentar al que agonizaba para un largo viaje. Había en este afán suyo tal vez reminiscencias de las religiones antiquísimas que rodea-

ban los cadáveres de provisiones, allí para la vida subterránea. Pero lo que habia de seguro en esto, como en todo lo que se refería á la afición de don Angel, era la ausencia completa de toda idea fúnebre, de todo sentimiento tético enfrente de la muerte del prógimo.

VIII

Las tristes escenas y lances que precedían á la defunción eran ménos interesantes para Cuervo que los lances y escenas que venían despues. No obstante algo habia, á veces, anterior á la consumación de la desgracia que le parecia de perlas: era la que él llamaba *la noche del aguardiente*. Con el ojo certero que todos le reconocían anunciaba siempre cuál sería la *última noche*, y aquella la pasaba él en vela en casa del paciente. Dos condiciones exigía: que se acostasen los de la familia, y aguardiente y pitillos á discrecion. Si alguna persona muy allegada al enfermo se empeñaba en velar tambien, D. Angel ó se marchaba ó dividía á la gente en dos secciones, y él se iba con los que *se quedaban*, por si ocurría algo, á una habitación lejana que cerraba por dentro.

Lo mejor era que aquella noche no velasen ni esposo, ni padre, ni hijos, ni demás parientes cercanos. Entonces sí que gozaba de veras D. Angel, sin malicia alguna y sin algazara, que sería monstruosa profanación; gozaba sin darse cuenta de ello, saboreando el placer recóndito, que era el alma, la más profunda médula de toda esta pasión invencible de nuestro hombre; un placer de que no podía acusarse, porque lo sentía sin reconocer su naturaleza, y consistía en saborear la vida, la salud, el aguardiente, el tabaco, la buena conversacion.

Jamás habia comunicado á nadie la idea de esta sensación, de una voluptuosidad intensa, perezosa, profundamente animal, arraigada en la carne con garras de egoismo; jamás tampoco los demás le habian hablado á él de sensación parecida. Y, sin embargo, Cuervo conocía por mil señales que todos sentían cosa semejante á lo que pasaba por él. Ello era allá, á las altas horas de la noche; el moribundo algo lejos; por medio puertas y pasillos; la habitación donde se velaba, más caliente, gracias al fuego de la estufa ó del brasero y á la traspiración de los cuerpos; el humo de los cigarrillos se cortaba en la atmósfera; se hablaba en voz baja, pero algunos, por ejemplo, Cuervo, roncaban al hablar, debían escapar silbidos y gruñidos, válvulas por donde se iba al aire la fuerza de la salud rebosando en los fornidos hombrachones. La conversacion se animaba á impulsos del aguardiente, por inspiraciones del humo. Si asomos de hipocresía cortés ó piadosa habia al principio, íbase al diablo luego; y todos, seguros de hacer una buena obra velando, dejaban al cabo asomar la fresca sonrisa del egoismo, satisfecho de la salud fortificante. Pronto se dejaban á un lado las alusiones del enfermo; se convertía todo lo que á él se refiriese en lugar comun ya insoportable; llegaba á ser así como de mal gusto hablar de él, ni para compadecerle ni para envidiarle si acababa pronto de padecer, etc., etc.; se hablaba de otra cosa, de cosas de fuera, de lejos: de la vida, del sol, de la luz, de la nieve, de la caza.

Tal vez se habia comenzado por cuentos de miedo, por chascos de fantasmas, pero pronto se pasaba á los sustos reales, á los que daban ladrones de carne y hueso; del ladrón se iba al héroe ó al vencedor; la fuerza, el peligro frente á la fuerza, ésta triunfando, y la reposada narración y descripción plasmante de los buenos bocados tras los momentos de apuro, recuerdos suculentos, que hacían deglutir imaginarios manjares, abrian el apetito, poniendo en movimiento otra vez el queso, el pan, el aguardiente. Solía entrar alguna mujer, una criada, una amiga de los amos, una monja de buen color, con ojos frescos. Cosa rara: sin pensarlos ellos, sin quererlo nadie, por el contraste, por la hora, por el frío soñoliento del alba, por lo que fuese, como en los viajes, como en las campañas, aquella mujer era el símbolo de todo el sexo; sus ojos equivalían á una desnudez, pinchaban; si se recataban, peor, pinchaban más. Los contactos eran eléctricos, y cuanto más calladas, disimuladas y rápidas estas sensaciones extrañas, inverosímiles, más íntimo el placer, en que la reflexión no sabia ó no quería pararse.

Pero el placer no necesitaba de nadie para tener conciencia de sí mismo, á su modo, y así era más feliz. Esto que sentía así, pero sin pensarlo y ménos de escribirlo, D. Angel Cuervo, creía él que era ley general en igualdad de circunstancias. Sólo exceptuaba al enfermo y á los que tenían sangre de su sangre, ó por amor, raro en el mundo, le amaban de veras, por su sangre tambien. En los tales notaba Cuervo signos de impresiones no poco extrañas, pero de otra índole, egoístas tambien, de otro modo. A los nerviosos los veía huir del dolor, sin conocer la huida, como reclusa que recibe el bautismo de fuego y sin pensarlo doble la cabeza al silbar de las balas... Oía á veces carcajadas inoportunas, que no tomaba á mal porque nada

malos revelaban, sino juegos estravagantes de nuestro misterioso organismo... Pero en estas y otras honduras no le agradaba entrar; él era de *los de fuera*, y así como prefería el trato del cadáver ya en el féretro, al trato del moribundo, tambien escogía, á poder, la compañía de los amigos y parientes lejanos. Los *del dolor físico*, los que se separaban á la fuerza del muerto, eran pedazos de las entrañas arrancados recientemente al difunto; padres, hijos, esposos, llevaban todavia en el cuerpo señales de la *fractura*, parecían cachos del otro, daban tristeza; no, no era esta todavia ocasion de estar á su lado tranquilo.

Más adelante... lo más pronto al volver del entierro; entonces ya les encontraba otro aspecto; ya empezaban á vivir por sí mismos. Antes no; eran pedazos animados del difunto. Despues, á la vuelta, la vida ya se habia recogido el pelo, se habia echado un pañuelo sobre los hombros; el hijo se habia puesto una levita. Y la levita y el chal por esta parte, y las paletadas de cal y tierra por la parte del muerto, los iban separando, separando.

CLARIN

(Continuará)

ÚLTIMOS SONETOS

DE LAS

CIEN PÁGINAS DE AMOR

LAGRIMAS!

El llanto de dolor que entre ayes brota, Y de placer la lágrima escondida, Voces son, que del alma combatida, Cantan el triunfo ó gimen la derrota Del dolor, ó el placer, la vena rota Cada nueva emoción saca á la herida, Envuelto en llanto, un trozo de la vida, Y un pedazo del alma en cada gota. Por esto yo, si en tu pestaña oscila Lágrima dulce, experimento antojos De unir mi ardiente labio á tu pupila; Creyendo, para dar al pecho calma, Que en el licor que brota por tus ojos Voy á beber pedazos de tu alma

AL BORDE DE LA TUMBA

Quando el cuerpo en la huesa se derrumba, De la materia el alma desprendida, Busca nuevo aliciente, nueva vida, En la amorosa mundanal balumba. Más ¡ay! que en vano cariñosa zumba En derredor de la mujer querida, Que, por el cuerpo al verse escarnecido, Corre el alma al refugio de la tumba. Castigo del liviano pensamiento Es que, al hundirse el cuerpo, sea más fiero La pasión que al mortal roba la calma; Y es tan grande del alma este tormento, Que, ó nunca el cuerpo envejecer debiera, O envejecer con él debiera el alma.

EL AMOR DE LOS AMORES

Quando, cáduco ya, torpe respiro, Y es de líquido plomo mi pisada, Si á una hermosa mujer halló parada Sobre mi senda, con placer la admiro. En los recuerdos del pasado giro Y corre el llanto por mi faz helada; Que siempre es triste, próximo á la nada, Por una hermosa el postrimer suspiro. De la mujer perdidos los favores, Busca el hombre infeliz, para consuelo, Otro amor, otro bien, tiempos mejores... Mientras su corazón, nunca de hielo, Corre y busca al amor de los amores: ¡El verdadero amor está en el cielo!

MANUEL M. DE SANTA ANA.

DESDE EL BOULEVARD

En este mes, que un poeta español llamó mes de las almas tristes; en medio del otoño, la estación melancólica del año, cuando al caer de las hojas de los árboles se van tantas existencias, heridas de muerte por el mismo aire frío y húmedo que arrastra secas, en lúgubre torbellino, esas mismas hojas que fueron encanto de la vista y dieron con sus efluvios un poco de vida á miles de pulmones destrozados, un rayo de luz inunda á millares de seres humanos que la esperanza detiene un instante al borde de la tumba.

Ese rayo de luz viene del laboratorio de un ilustre sabio alemán, el doctor Koch y la innumerable legión de los físicos fija con avidez sus miradas, esa mirada que la terrible enfermedad hace tan profunda y misteriosamente brillante en las noticias que todos los periódicos del mundo reciben de Berlin, donde ese descendiente del doctor Fausto, removiendo las retortas y los tubos en que cultivaba el terrible y microscópico organismo de la tuberculosis, acaba de descubrir el remedio que arranque á la muerte la mayor parte de su presa.

Porque la tisis, en sus diversas formas, se lleva actualmente más de la cuarta parte de los individuos que desaparecen del mundo de los vivos.

Y en verdad que parece providencial que de ese país de Alemania, que en los últimos años ha sido el espectro de la guerra y al cual debemos ver a Europa entera erizada de bayonetas, cañones y demás medios modernos de destrucción, esa de donde surja el remedio para combatir el terrible azote,

que más seres humanos derrama complaciéndose en destruirlos en la edad más hermosa de la vida.

Y es curioso tambien que estos dos países de Francia y Alemania, tan separados por los odios militares y políticos, vayan tan unidos, en bien de la humanidad, por los descubrimientos de dos sabios como Pasteur y Koch.

¡Pasteur y Koch! Dos nombres, que con el del inglés Jenner, constituyen una trinidad científica de este siglo de guerras y conquistas, que habrá salvado muchas más vidas de las destruidas por los grandes caudillos de esos tres países: Francia, Inglaterra y Alemania, los más guerreros y conquistadores del siglo.

Si la posteridad fuera justa—y suele serlo—debería, andando el tiempo, arrancar de sus pedestales las estatuas levantadas á Napoleon, Motke y los más famosos conquistadores ingleses, para colocar en su puesto á Pasteur, Koch y Jenner.

El descubrimiento de Koch, que nos dan ya por seguro, será sin duda el más grande del siglo.

Ninguna enfermedad tan terrible como la tisis, ninguna tan fácil de adquirir en el torbellino de la vida moderna.

El microbio de la tuberculosis se agita constantemente en el aire, dispuesto á introducirse en nuestros pulmones mientras respiramos.

La carne y la leche, los dos principales elementos de la alimentación, son excelentes vehículos para ese enemigo invisible de puro pequeño, que se introduce en el organismo de las más fuertes naturalezas y las destruye, sin que la ciencia haya podido hasta ahora oponer resistencia á los estragos de la terrible enfermedad, con justicia reputada incurable.

Se guarda todavia el secreto más absoluto sobre la naturaleza del remedio descubierto por Koch.

Sabemos solamente que no será una medicina que se vá á comprar en la botica, sino una vacuna obtenida por preparacion especial.

Segun parece, Koch inyecta la solución de oro de una *ptomaina* que se obtiene del cultivo del bacilo ó microbio de la tuberculosis.

Los microbios, al desarrollarse en el organismo ó en los caldos de cultivo de los laboratorios, producen sustancias químicas llamadas *ptomainas*; cada microbio produce una ó varias de estas y, del mismo modo que la levadura de la cerveza, al descomponer el azúcar, produce el alcohol, los microbios, al descomponer nuestros tejidos y nuestros humores, producen *ptomainas*, que al envenenarlos dan nacimiento á los síntomas de la enfermedad.

Inmediatamente despues de la inyección de la vacuna de Koch, la temperatura se eleva á 41 grados y la curación se verifica bajo la influencia de esta acción perturbadora.

El remedio de la tisis parece, pues, ser la *ptomaina* aislada en el cultivo del microbio de la misma enfermedad y modificada en su acción por la sal de oro que, al inyectarla, se le añade.

La introducción en el organismo de un tísico de esta sustancia, así preparada, obra como un contraveneno y al mismo tiempo impide el desarrollo del microbio, germen de la enfermedad.

Esto es lo único que hasta ahora sabe el mundo científico del descubrimiento de Koch y parece verosímil; desde los estudios sobre el virus del carbunco, por ese mismo camino se ha buscado siempre el remedio de las enfermedades producidas por un microbio.

Así es como Pasteur cura la rabia. Falta saber si la vacuna de la tisis puede hacerse á los sanos para preservarlos de la tisis, como se hace para la viruela y el carbunco, ó se hará, como remedio, á los envenenados ya por el microbio, como se hace para la rabia.

Koch es un verdadero sabio, cuyos descubrimientos anteriores al presente le habian colocado á la cabeza del mundo científico.

Hace quince años era un simple médico de aldea, sin más laboratorio que su modesta habitación.

Trabajador infatigable, su primer descubrimiento fué el del desarrollo de la bacteria del carbunco.

Así como las teorías micrográficas del gran Pasteur sirvieron á Koch para llegar á este descubrimiento; así las transformaciones de esa bacteria, descubiertas por Koch, sirvieron á Pasteur para llegar á la vacuna del carbunco, otra de las grandes conquistas pacíficas del siglo.

El segundo descubrimiento de Koch fué el bacilo de la tisis, en 1882. Su demostración fué tan completa, que provocó unánime convicción y el doctor alemán tuvo la rara satisfacción de ver aceptado su descubrimiento por todos los médicos casi sin discusión.

El tercero fué el *bacillus coma*, el microbio del cólera, que con riesgo de su vida fué á buscar á Egipto y hasta á su mismo origen, á las mortíferas orillas del Ganges.

La curación de la tisis sobrepasa en importancia los anteriores descubrimientos de Koch.

De los tres *temines* microbios descubiertos y estudiados por éste, solo uno sigue invencible, el *bacillus coma*.

Esperemos que en este fin de siglo, que tantas maravillas ha producido, sea también dominado el cólera por alguno de esos bienhechores de la humanidad, que desde el fondo de sus laboratorios y estudiando el mundo de lo infinitamente pequeño llegan á resultados tan grandes.

Y esperemos también que, contra los rumores de que Koch y el emperador Guillermo, deseen guardar para Alemania el secreto de la curación de la tisis, lo hagan del público dominio de la ciencia.

Para el joven emperador, que ha heredado el poder más fuerte de Europa, sería esta generosidad un timbre de gloria que bien vale las glorias militares de sus abuelos.

No faltan ya acusadores de plagio para el doctor Koch.

Un médico de Viena y un doctor ruso aseguran que el médico alemán se ha apropiado el remedio que cada uno de ellos por su lado dice haber descubierto ántes.

También es raro que ahora quieran todos haber inventado ese remedio y que ninguna reclamación se levantara cuando, al inaugurarse hace tres meses en Berlín el Congreso internacional de medicina, el mismo Koch anunció á sus colegas del mundo entero que creía próximo su descubrimiento y fué acogida la noticia con indiferencia muy parecida á la duda!

¿Sucedirá también en el mundo científico lo que en el mundo literario? Nunca se acusan de plagio más que las comedias aplaudidas.

Otro doctor francés, según dicen, un modesto médico de un pueblo, el Dr. Mathieu, cura también hace tiempo la tisis por procedimiento análogo al aun no detalladamente conocido, del Dr. Koch sin que nadie se hubiera enterado.

A celos huele á la legua estas coincidencias á posteriori.

Y los franceses son los que menos celosos pueden estar de que Alemania cuente entre sus hijos al vencedor de la tisis, teniendo Francia entre los suyos al doctor Pasteur, cuyas teorías y estudios micrográficos han sido el punto de partida de descubrimientos como el que al presente el universo entero sin distinción de nacionalidades, debe celebrar y glorificar.

Mas razón, seguramente tendrá, para decir que le han plagiado, el sastre austriaco Zeitung, cuando sepa la llegada á París de una española y un negro metidos en un cajón.

Aquella aventura que al Zeitung valió una popularidad pasajera y el ganar algún dinero exhibiéndose como un bicho raro en un café-concierto de París, ha inspirado seguramente á esos compatriotas nuestros la idea de desembarcar en París metidos en una caja.

Y digo solamente desembarcar, porque está demostrado que solo han hecho el viaje de tan singular manera en el corto trayecto de Orleans á París.

Desde Barcelona á Orleans la caja no contenía á la joven Flora y su oscuro acompañante, y la enamorada pareja había hecho esa gran parte del viaje en un vagón del tren, como los demás mortales.

Y parece también seguro que la idea de hacerlo llegar á París metidos en un cajón, obedecía á la de hacer un gran reclamo que permitiese ganar algunos cuartos al que *facturó* á la muchacha y el negro, presentándolos luego en un espectáculo público.

Este *Barnum* de menor cuantía había hecho creer á esos infelices, que se amaban y no tenían dinero para casarse, en una fortuna para la cual bastaba llegar á París encajonados.

Nunca segundas partes fueron buenas, y menos si en el plagio no se muestra más ingenio que en el original.

Zeitung tuvo el merito de facturarse á sí mismo y de hacer realmente cuatro días de viaje encajonado.

Flora y el negro, mal aconsejados, han sufrido un desengaño. El reclamo, mal preparado por su empresario de ocasión, no ha dado resultado, y los pobres muchachos se encuentran en situación más comprometida que antes de la encerrona.

Lo único que resulta ingenioso en este asunto es la indicación de *frágil* que traía el cajón en todas sus tablas.

¿Hay, en efecto, nada más *ragil* que la mujer?

Y si ésta está encerrada en su nívico en tan estrecho espacio, la *fragilidad* debe ser mayor todavía.

Me dicen que en una comunicación oficial que el consulado de España recibió sobre la llegada de estos extraños viajeros se consignaba que «eran dos españoles que habían entrado en caja para casarse».

Acción digna de elogio, cuando andan por esos mundos tantos y tantas que ni á los diez años de casados han podido entrar en caja.

El teatro francés presentaba ayer el aspecto de una noche de estreno verdaderamente solemne.

Sin embargo, la comedia que se ponía en escena, si era nueva en aquel

teatro, se había estrenado en otro de muchísima menos importancia: en la Renaissance, hace algunos años.

La *parisienne*, de Henri Becque, no había sido admitida entonces por el comité de la Comedia Francesa, ni tampoco por el director del Vaudeville.

Anoche, *La parisienne* entraba en el repertorio del primer teatro de Francia, y este acontecimiento literario daba inusitada importancia á la representación.

Henri Becque es, á pesar del corto número de obras que ha escrito, una personalidad importantísima en la literatura francesa.

Reconocido universalmente su talento, admirada con la misma unanimidad la forma literaria de sus obras, sus procedimientos artísticos son, por el contrario, discentididos por la crítica, al paso que unos le consideran como el apóstol de las nuevas fórmulas dramáticas—tan ansiosamente esperadas como difíciles de hallar hasta ahora—y califican *La parisienne* de la obra maestra del teatro moderno; otros niegan á Becque condiciones de autor dramático y condenan su modo de construir—valga la palabra—sus comedias.

La primera escena de *La parisienne* constituye una situación que es sencillamente una maravilla:

Una mujer llega de la calle vivamente, y apenas ha tenido tiempo para ocultar, bajo la cartera de una mesa-escritorio, un papel que saca del manguito, cuando entra un hombre que se precipita como un huracán hácia ella y

—¡Venga esa carta!—exclama con el acento de quien puede exigirla.

La joven resiste; el otro, en dos frases, ruega, amenaza, interroga é invoca los justos derechos que tiene sobre ella.

—¡Silencio!—dice de pronto la mujer—¡que viene mi marido!

Es indudable que nunca se hizo la exposición de una comedia en forma más breve, ni hay otra más clara é ingeniosa de poner al público al corriente de la situación.

Si toda la comedia fuera como esta primorosa primera escena, los entusiastas de Henri Becque hubieran tenido la satisfacción de asistir á un gran triunfo.

Pero hay que confesar que el público se aburrió.

Apreció en todo su valor la finísima observación de caracteres y temperamentos; admiró el purísimo lenguaje y la limpia frase de toda la obra, pero la falta de acción dejó dormido el interés del público.

La escena modernísima dramática, de que Henri Becque es valeroso y notabilísimo campeón, llevada á sus últimos extremos, privó al autor dramático del triunfo que sus admiradores y los adeptos á sus procedimientos artísticos esperaban y deseaban.

Y no es que á quien ha imaginado esa primera escena que dejó apuntada le faltan condiciones para manejar la acción de una comedia y producir situaciones interesantes; es que indudablemente, creyó que el teatro debe ser como él quiere hacerlo y desdeña el triunfo fácil por la lucha en pró de esa nueva forma dramática.

Esta es una sinceridad artística que, aunque no haya conducido ayer á la apoteosis á Henri Becque, avalora más su mérito personalísimo.

¿Quién sabe si andando el tiempo el teatro será como en *La parisienne* nos lo ha mostrado anoche?

Todos los innovadores han tenido enfrente, antes de vencer, las protestas del público encariñado con los viejos moldes.

Hoy está el público todavía porque el teatro sea acción ante todo, y á la comedia de Becque la acción es lo único que le falta.

La ejecución, cosa verdaderamente excepcional en la casa de Molière, resultó anoche muy inferior.

¿Era que los actores tenían miedo á la tentativa dramática que se hacía en el primer teatro de Francia, y el miedo oscurecía las facultades de los que están reputados por los mejores actores del mundo?

¿O era que se recordaba en aquella casa que la comedia que se estaba representando habíanla considerado aquellos mismos actores como inferior, y el acto de contrición, que iba envuelto en esta admisión tardía, les era tan duro que no les dejaba libre su inspiración?

¡Vaya usted á saber!

Lo cierto es que quien fuera á juzgar á los actores del teatro francés por la representación de anoche, saldría chasqueado y los creería muy por bajo de la reputación que con justicia tienen ganada en todo lo demás.

Ya que de teatros hablamos, terminaremos esta crónica contando una historia que corre por los bastidores de París con el nombre del asunto del collar.

Dícese que un joyero del Boulevard va á intentar un proceso á una de las actrices más bonitas del teatro del Vaudeville sobre restitución de un collar de diamantes que la actriz no le ha pagado.

El collar, en efecto, todo el mundo lo ha visto brillar en el cuello de la

linda actriz el día del estreno de *El diputado Lercau*.

La artista asegura que nada tiene que pagar ni devolver, puesto que el collar le ha sido regalado.

Pero (aquí entra lo picante de la historia) el joyero sostiene que no ha dado el collar sino mediante una condición que no ha sido cumplida por la actual poseedora de la joya.

Difícilíto va á ser al juez á quien toque en suerte este proceso decidir si el joyero está en su derecho y si la joven actriz debe satisfacer ó no las condiciones de pago de este joyero, que esperaba ablandar con sus regalos condicionales el corazón de aquélla, por lo visto tan duro para su generoso adorador como las piedras que adornan el collar.

«Dádivas parten peñas», diría el bueno del joyero.

¡A él sí que lo ha partido la actriz!

RICARDO BLASCO.

Paris, 12 noviembre 1890.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

El ferrocarril subterráneo eléctrico.—La ópera italiana del Sr. Lago.—El maestro Breton en Londres.—Conciertos de artistas españoles.—¡Pobre Duneau!—Testamento del duque de Montpensier.

Esta ciudad de Londres es tan grande, que la principal ocupación de los londinenses es conseguir que sea accesible, á los que viven en sus extremos, venir al centro.

—Pero hombre—me decía un amigo mio,—¿tan grande es?

—Lo es tanto—le contesté,—que para dar á usted una idea aproximada le diré solamente que en el perímetro de Londres caben cómodamente las tres capitales de París, Berlín y San Petersburgo.

Y esto no es una exageración, es absolutamente cierto.

De aquí que cuantos proyectos (por arriesgados que sean) tiendan á acortar distancias y por consiguiente á reducir el tiempo en que haya de venirse de los extremos á la ciudad, merece el favor de los especuladores.

El ferrocarril subterráneo (Metropolitan) cuyo coste fué enorme, produciendo la ventaja de que las personas obligadas á acudir diariamente á la City, puedan venir desde tan lejos que no solo vienen por ferrocarril, sino por tren *express*, que también hay trenes *express* para venir á la City y vienen en una tercera parte menos de tiempo que los demás trenes. Todo el que no puede pagar una casa cómoda, en el centro, desea respirar aire puro y pagar poco, no tiene más remedio que tomar una casa á media hora de ferrocarril de la City, para llegar á su oficina puntualmente.

Los billetes de abono cuestan poco, de 6 á 12 libras al año en 1.ª clase, hasta una distancia de 40 minutos, que es bastante léjos, dada la rapidez con que aquí marchan los trenes.

Pero de esta ventaja del *Metropolitano* no disfrutaba el Sur de Londres. Para venir de Brixton hay que atravesar el famoso puente de Londres (*London Bridge*) y hasta ahora no podía hacerse más que en coche. Los días de lluvia, la idea de venir á la ciudad desde Brixton en el imperial de un ómnibus, aterraba á los más valerosos, y como los ingleses están curados de espanto, idearon hacer un ferrocarril subterráneo que pasase por debajo del Támesis. Y como si les pareciese poco, además pensaron que podría ser mejor que el *Metropolitano* si se corregían algunos defectos de éste, á saber, el humo y el ruido.

Aquí donde tan verdadera es la máxima: *es posible, se hará; si es imposible, veremos; se proyectó y se ha llevado á cabo* la construcción del ferrocarril subterráneo eléctrico en menos de cuatro años.

Hoy ha tenido lugar la inauguración, que ha honrado con su presencia el príncipe de Gales, pronunciando el discurso, que es de rigor en estas ceremonias, y que ha sido acogido con frenético entusiasmo por los espectadores.

El nuevo ferrocarril subterráneo eléctrico es el primero que se inaugura en Inglaterra. Recorre una distancia de tres millas y cuarto.

La palabra *túnel* no es la más adecuada: mas bien es un tubo monstruo ó anillo como los de las tuberías de gas, y cuyo diámetro es en la ciudad diez pies y diez pulgadas y seis pulgadas en Stokwell.

Este tubo ó anillo es de hierro colado y entre los ciento cuarenta mil segmentos de que se compone, pesa treinta mil toneladas. El número de tornillos empleados ha sido de millón y medio. Cada segmento tiene 20 pulgadas de ancho, una de grueso y cinco pies de longitud.

Pueden ir á la vez en cada tren hasta cien viajeros. No se venden billetes. Cada uno al pasar la puerta de molinete que dá acceso á la plataforma, entrega *dos peniques*. Ahorro de tiempo que en Inglaterra quiere decir dinero. Primitivamente se pensó en el arrastre por medio de un solcable; pero se desistió prefiriendo el de la electricidad. El tren es arrastrado por una locomotora que pesa diez toneladas.

Esta es sencilla, no tiene más que el tender para el maquinista y su ayu-

dante: es de cuatro ruedas con dos motores colocados encima de los ejes.

Los carruajes están iluminados con luz eléctrica, así como las estaciones, aunque además estas á prevención lo estarán con gas. Los asientos son espaciosos y de respaldo móvil.

Hay material para media docena de trenes en el depósito de Stockwell y el material móvil se compone de diez trenes y catorce locomotoras.

Son seis las estaciones: *King William—Borough—Elefant & Castle—New Kemington—Keniton Wat—Y Chapham Road* (Stockwell).

Cada viaje no ha de exceder de quince minutos de tiempo reglamentario. La ventilación será la suficiente y no desagradable.

La ausencia de vapor y humo de las locomotoras ordinarias conservará pura la atmósfera y como los coches irán perfectamente iluminados, los pasajeros sin echarse á perder la vista, podrán leer el periódico durante el trayecto.

La ceremonia de la inauguración ha tenido lugar hoy poco despues de medio día. El príncipe de Gales se presentó momentos ántes de las doce y fué recibido por el presidente del consejo de administración de la compañía. Bajaron á reunirse por el ascensor en la plataforma con el Lord mayor y los Sheriffs.

El presidente, previa una corta explicación, dió al príncipe una llave dorada á que el príncipe dió una vuelta para producir la corriente que ilumina el tren. Se agregaron dos coches á la locomotora eléctrica, uno de los cuales reservado al príncipe y su séquito, estaba adornado con la mayor esplendidez.

Momentos despues de las doce partió el tren atravesando suave y rápidamente el paso bajo el Támesis hasta la estación de Otal. En esta estación se detuvieron para inspeccionarla y pocos momentos despues llegaron á Stockwell, donde se habían hecho grandes preparativos para recibir á S. A. En la plataforma de Stockwell, adornada y cubierta de flores, se habían colocado unos cuantos asientos para los convidados á ver la ceremonia.

El príncipe de Gales despues de subir por el ascensor á la estación, se trasladó en carruaje al depósito donde iba á tener lugar el *lunch* que tenía preparado la compañía. A este asistieron S. A. y su hijo mayor el duque de Clarence, colocados á derecha é izquierda del presidente. Los demás convidados eran el Lord Canciller, duque de Westminster, conde de Cork y coronel Clark, ayudante del príncipe de Gales. Había además un representante de cada una de las empresas de ferrocarriles de la Metrópoli.

Al levantarse á brindar el príncipe fué saludado con un aplauso unánime y nutrido, porque dicho príncipe es altamente popular.

Sea ó no cierto, se le atribuyen ideas muy avanzadas, y pasa por ser muy amante de la clase obrera.

Del discurso daremos somero extracto. Empezó diciendo que no encontraba palabras bastante elocuentes para expresar su gratitud por los lisonjeros términos en que el señor presidente había brindado por él y por su esposa, y que por ello le daba las más expresivas gracias por haberle proporcionado la ocasión de inaugurar una obra que no duda ha de ser de gran utilidad.

Este es—dijo,—el primer ferrocarril eléctrico que tiene Inglaterra, y espero que contribuya á amenguar la congestión que sufre la City, cuyo creciente desarrollo acrece de día en día las dificultades del tráfico. (*Aplausos*).

Los hombres de negocios podrán al salir de la City respirar un aire puro lo mismo que los obreros obligados á pasar el día trabajando en atmósferas poco saludables y necesitados de respirar aire menos nocivo.

Bajo el punto de vista científico, es un bien que el ferrocarril tenga dos túneles, porque así la ventilación es mayor. Este ferrocarril es popular por la supresión de clases é igualdad de tarifas (*bravos*) y la economía de tiempo por no necesitarse la compra y recogida de billetes al entrar y salir de las estaciones. (*Aplausos*).

Estoy satisfecho de cuanto he visto y envío mi enhorabuena á sus inventores y á todos los que han contribuido á realizarlo. (*Aplausos*).

El tiempo es precioso. Muchos de vosotros tienen quehaceres urgentes que no podeis descuidar, y no podemos por lo tanto estar aquí reunidos todo el tiempo que desearíamos.

Permitidme, pues, concluir con un brindis:

«Brindo por la prosperidad del ferrocarril subterráneo eléctrico, y en este brindis incluyo á cuantos directa ó indirectamente han tenido participación en su realización.»

Aplausos repetidos y atronadores siguieron á estas palabras y cuando se estableció el silencio, el presidente, dando los detalles que ya conocemos acerca del ferrocarril, brindó nuevamente á la salud del príncipe y se dió por terminada la ceremonia.

Nuestro compatriota el maestro Lago, empresario de la ópera italiana de Covent Garden, recibe cada día ma-

yores muestras del aprecio con que el público desea premiar sus inteligentes esfuerzos por complacerle.

Ofreció el Sr. Lago dar treinta y seis representaciones de ópera italiana, y tan lealmente va cumpliendo su compromiso; que en las dos semanas y media trascurridas desde la inauguración que tuvo lugar el 18 del pa ádemes, ha dado las óperas siguientes: *Aida, Trovatore, Fausto, Lucia, Gioconda, Roberto, Traviata, Hugonotes Norma y Orfeo*.

Si las negociaciones entabladas con el maestro Verdi terminan felizmente; oiremos el *Otello*, cantando la parte de Desdémona la señora Albani.

La gran variedad hasta ahora desconocida en Londres que el Sr. Lago ha dado á su temporada de Otoño, y la galante concesión de que solo una parte muy reducida del público ha hecho uso no vistiendo de rigurosa etiqueta en butacas y palcos, han contribuido á popularizar el espectáculo siendo hoy uno de los mayores atractivos de Londres.

Los artistas son de reconocido mérito y muy apreciados de este público, que aun cuando no es tan exigente, como el de Madrid por ejemplo, ha sabido apreciar el conjunto agradable y el lujo con que se han puesto las óperas.

Hasta S. M. la reina Victoria ha dado al Sr. Lago una muestra de aprecio dignándose mandar que le reserven el palco todas las noches, por si quiere ir alguna. Hasta ahora solo han asistido los príncipes de Gales. Todas las noches el teatro se ha visto tan favorecido del público que los dos sábados únicos ha habido necesidad de devolver el dinero de las entradas por no haber el público en los pasillos.

Lo más elegante de Londres y especialmente de la colonia española, se dá cita en el Covent Garden.

El elemento oficial asiste como es de rigor á dar al Sr. Lago una prueba de aprecio á su inteligente dirección.

Nosotros le enviamos la más cordial enhorabuena desde nuestro modesto rincón de cronistas.

El inspirado autor de *Los Amantes de Teruel*, nuestro querido compatriota el maestro Breton, ha venido á Londres exclusivamente con objeto de dirigir dos conciertos en Saint James Hall, de orquesta y piano, que tendrán lugar los días 7 y 21 del corriente mes, á las ocho de la noche.

El programa que todos los periódicos publican hace días, ofrece la novedad de anunciar obras de los compositores españoles Breton y Chapi. La parte de piano está confiada al señor Albeniz. Las obras escogidas de dichos autores son: *La fantasía morisca*, de Chapi; y el preludio de *Guzman el Bueno* y *Marcha fúnebre á la memoria de Alfonso XII*.

El Sr. Albeniz tocará el concierto de Schuman, acompañado de orquesta, el de Mozart, *Reiniche* y la *Fantasia húngara* y solos de piano de obras de Rubinstein, Mayer y Chopin, la *Rapsodia húngara*, composición suya, y algunas otras.

Como es de presumir, hay gran curiosidad por oír las composiciones de los maestros españoles. Nosotros, como es natural, les deseamos un triunfo digno de su reputación.

El maestro Breton piensa salir de Londres al día siguiente de haber tenido lugar el segundo concierto, por tener que asistir á los ensayos de su obra *Los amantes de Teruel*, que va á cantarse en Praga ántes de fin de año.

Tal vez hubiéramos tenido el gusto de oírle este año en Londres si el señor Breton hubiese venido tres semanas antes; pero es de esperar que el año próximo la oigamos, para lo cual tengo entendido han tenido una entrevista los Sres. Lago y Breton acerca del particular.

El señor marqués de Casa Laiglesia, nuestro embajador, convidó á los Sres. Breton y Albeniz á comer en la embajada.

El segundo concierto de otoño, celebrado por el eminente violinista Sarasate, fué, como todos, una ovación continua. La sala estaba rebosando de gente, hasta el punto de no ser posible circular por los pasillos de las butacas, que estaban ocupados por espectadores que preferían oír de pie y con incomodidad á no oír.

Los conciertos de Mendelshoon y Saint-Saens y la muñeira fueron las piezas del programa, á las que hay que añadir la preciosa mazurka que repitió en uno de los *Encores*, como él solo sabe hacerlo, recibiendo una ovación de que nos enorgullecemos como españoles.

El día 5 de diciembre dará el tercero y último por este año en Londres. Tendrá lugar á las ocho de la noche, y no será de orquesta, acompañando al piano la pianista tan apreciada del público inglés: señora Berthe Marx

El concierto de la Patti estuvo, como siempre, lleno, á pesar de la inmensidad de la sala de Albert Hall.

Para acceder á las reiteradas instancias del público repitió la Patti tres veces diferentes piezas, siendo

una de ellas *Horne sveithome*. El público se obstinó aún, pero la artista no accedió, y por espacio de un cuarto de hora no cesó de gritar el auditorio. El barnillo no llevaba trazas de concluir, y el empleado que había salido á las tablas para decir algo se había tenido que retirar sin que accedieran á oírle, cuando un artista muy querido del público inglés se adelantó para empezar á cantar, y, apenas lo hizo, concluyó el ruido, no oyendo más que el de los aplausos cuando acabó.

He oído decir que nuestra compatriota está decidida á dejar de cantar en Saint-James Hall si se reproduce otra vez la escena que tuvo lugar el último día.

Pobre director del *Matrimonial News!* ¡Pobre recién casado sexagenario! Su casamiento con una señora de edad, aunque sumamente rica y no pobre, como en un principio se creyó, no le ha librado, en primer lugar, del disgusto de probar los sinsabores de una prisión, y segundo el de convenirse de la inutilidad de sus inocentes ocultaciones para salvar el dinero y no pagar las 10000 libras á su burlada novia. En esos días que ha permanecido preso por no haberle aceptado la fianza dada por su mujer de 3000 libras ha comprendido que le tenía más cuenta cantar de plano, y así lo ha hecho.

Las seis mil y pico de libras que recibió Duncan, producto de la venta de fincas, y cuyo dinero pretendía haber dado á dos señoritas cuyo nombre y domicilio ignoraba, ha resultado que fué una superchería indigna. La verdad ha sido que en una caja de zinc rotulada *Mary Gordon* envió al Banco de Depósitos 4890 libras en billetes del Banco de Inglaterra, 1500 libras en acciones de ferrocarriles y 17 libras en oro, cinco sortijas de brillantes, una alianza de oro, una guinea antigua y un lapicero de oro. En dos hojas de papel escrito de puño y letra del acusado ha aparecido una lista detallada de la propiedad y la fecha de los depósitos. De las investigaciones hechas resulta que una señora (la actual esposa de Duncan), el día 16 de setiembre de este año, hizo el depósito bajo el nombre de Henry et Mary Gordon. El dinero ha pasado á manos del tribunal para ser aplicado al pago de acreedores, que, como es sabido, se reducen á la joven indemnizada, y que ya cuenta seguramente con recibir sus diez mil libras. Por toda excusa para atenuar su delito el Sr. Duncan, dijo al juez:

—Conste que si hice ese depósito fué legalmente, por habérmelo aconsejado mi solicitador para salvar mi propiedad.

En los periódicos de esta capital se ha publicado el testamento hecho por el difunto duque de Montpensier, siendo testamentarios los marqueses de Alcañices y Valdeza y D. Francisco de Cárdenas, los cuales han asegurado bajo juramento que el valor de cuanto poseía en Inglaterra el difunto desde ascendía á 10.759.147 libras esterlinas. El testamento empieza declarando, ante todo, que profesa la religión cristiana católica apostólica romana, en la cual desea morir como ha vivido. El testador dispone que su cuerpo, sin embalsamar, sea vestido con el hábito de San Antonio, su patron, y sus restos mortales reciban la más humilde sepultura posible en el panteón del monasterio de San Lorenzo, en El Escorial. «Dejo cuanto las leyes me permiten disponer para limosnas. Mis servidores, si cuentan veinte años de servicio, recibirán, á título de pensión vitalicia, la mitad de los salarios que disfrutaban, los de veinticinco años dos tercios.» Los servicios prestados á sus padres ó á sus hijos se contarán como si lo hubieran sido á él mismo.

Deja mandas especiales de cuadros á los miembros de las familias reales de Francia, España y otras, y una lista de personas reales y títulos, entre los cuales desea el testador que los ejecutores testamentarios elijan como recuerdo un objeto para regalárselo.

A la duquesa de Galiera, «cuyos muchos favores á sus hijos y nietos no puede olvidar», le deja una colección de 22 cuadros de Tony Johannot sobre la Imitación de Jesucristo. Deja á la duquesa de Montpensier, con la condición de que despues lo trasmita á sus hijos, varias joyas que el testador heredó de su madre, la reina Amelia. No dejaba ninguna manda para ninguno de los individuos de la familia real de Inglaterra; pero los testamentarios elegirán tambien recuerdos para cualquier persona además de las mencionadas en la lista, con las cuales el testador tenía motivos de gratitud.

Refiriéndose á lo hecho por el rey Luis Felipe cuando tuvo lugar la boda del duque de Montpensier, recuerda que, debido á las vicisitudes que produjo en Francia la revolución de 1848, sólo le fué pagada una parte de la propiedad de la familia. Menciona tambien la herencia hecha por el testador del duque viudo de la Galiera. Los estados de éste y los de Montpensier en Francia desea que se incluyan

á la particion de su hija Isabel, condesa de Paris, y los de Italia á su hijo Antonio de Orleans. Recuerda que cuando su hija murió sin testar, su esposo, el rey Alfonso, deseó devolver el dote; pero su generosa oferta sólo fué aceptada en parte.

El duque nombra á su hija la condesa de Paris y á su hijo D. Antonio de Orleans herederos universales de cuanto posee, para que lo reciban y gocen con la bendicion de Dios y la suya.

Han empezado con suma actividad las obras para establecer el teléfono entre Paris y Londres, y, segun hemos oido asegurar, quedará terminado antes de fin de año para abrirse al público el día 1.º del próximo 1891.

B. DE OYA.

Londres, 6 de noviembre de 1890.

FUNCION DE DESAGRAVIOS

CARTA que ha recibido D. Mannel María de Santa Ana de uno de sus antiguos amigos, y que, haciéndola nuestra, la publicamos en contestacion á *El Siglo Futuro*.

He visto, caro marqués, un endemoniado suelto que de oro y azul te pone, pues que le llama á tus versos lividinosos, procaces, inmorales y estupendos. Aunque conozco el romance, causa de los improperios, para asegurarme más volví á repasarlo luego, seguro de no encontrar la razon de los denuestos Y efectivamente hallé pocos años, mucho fuego, y además cierto donaire, cierta gracia y cierto dejo, originario sin duda de la luz de aquel terreno. Nada, nada que morezca ese palizon tremendo. Más ha dicho Calderon y más ha dicho Moreto, á pesar de sus sotasnas, á pesar de sus manteos; y más ha dicho fray Tirso, picante como un pimiento, y con todas las licencias mucho más dijo Quevedo; pero el buen *Siglo Futuro* (que es el domine soberbio) con la bilis alterada, con su palmeta de hierro quiere picar, furibundo, tus pálmis y tus pulpejos; pues sin tener compasion, sin caridad, sin respetos á nada ni á nadie, escancia su pomito de veneno, aconsejando á los padres y tutores y maestros que no dejen en sus casas entrar, con ningun pretexto, el periódico que tú fundaste con tanto acierto. Y no la especulacion, que sé que te importa un bleo, ni la gloria literaria, que debe importarle ménos al que como tú ha sabido ser con las letras un Crespo, sino lo injusto del caso me decidiera, en tu puesto, á escribir cuatro renglones al susodicho maestro, que dijera de esta suerte sobre poco más ó ménos: «Señor Don Siglo Futuro, Estimado amigo y dueño: Con toda la cortesía, con el debido respeto, que un caballero merece, á otro que es muy caballero le dirijo la presente para replicarle, atento, que rectifique su juicio acerca del romance que publicó el otro día y que ataca con conceptos tan injustos como impropios, tan falsos como violentos. No me importara decir que si pequé me arrepiento, mas no juzgo que tal hice y mi romance sometió al juicio de los más doctos, al tamiz de los más serios; que usted con su manga estrecha á todo lo que es ageno, pero con ella muy ancha para los propios defectos; se olvidó, sin duda alguna, que soy católico viejo, que ante Dios me postro humilde, ante el papa me estremezo, ante el prelado me humillo y ante el cura me confieso; pero ante mujer de gracia, aunque no quiera, me alegro; sin que por esto suponga faltar á ningun precepto: Que jamás alboroté los católicos congresos; que no he murmurado nunca de episcopales acuerdos; que en la vida del trabajo como hombre honrado y modesto, gano mi pan con fatigas y reparto cuanto tengo. Y como dicen los sabios, y los doctos y los viejos, que de buenas intenciones está empedrado el infierno, y sólo las buenas obras son las que escalan los cielos, yo me atengo á lo segundo recordando lo primero.» Aquí le besas la mano; pones tu firma, y *laus deo*. Di, si quieres, por *postdata*, que yo tambien soy de aquellos católicos fervorosos sin mezcla de ningun género:

que por nada ni por nadie me apartaré de mi credo; pero, semejante á tí, si alguna mujer tropiezo andando de castellano, que tenga en los ojos fuego, en la boca clavellinas y gracia por todo el cuerpo, digo con el alma toda, seguro de que no peço: ¡Olé que viva tu madre y el alcalde de tu pueblo, que tiene jurisdiccion sobre ese cacho de cielo. Esto pasa á los nacidos allende Despeñaperros, y esto mismo pasará en los castellanos pechos, porque allí donde hay nobleza, donde hay sangre, donde hay nervio, los varones de verdad todos son del mismo acuerdo. Y hasta el señor de Futuro, con su apariencia de austero, abrigo la confianza de que será de los nuestros; pues si fuera de otra suerte desmintieran su ahologo y es el tal muy bien nacido para no honrar á sus muertos. Adios, querido marqués, preciso es que terminemos, porque el papel se me acaba; sin duda que tiene empeño en ser, en esta ocasion, antitesis de mi afecto que siempre constante y fino, fraternal y verdadero, ha de durar para tí por los tiempos de los tiempos.

EL FOTO-CLUB

Hasta hace algunos años, muy pocos, Madrid carecia de fotógrafos amateurs.

El progreso aportó á la fotografia, como á todas las artes y ciencias, nuevas é importantes mejoras. Las primitivas y toscas máquinas trocaronse en elegantes aparatos portátiles perfeccionados hasta tal extremo, que hoy existen máquinas instantáneas tan diminutas, que el objetivo tiene el tamaño de un boton.

Madrid, como decia antes, carecia de esta aficion tan propagada en Francia, y más aún en Inglaterra; pero gracias á uno de nuestros más distinguidos aristócratas, el marqués de Berges, la capital de España cuenta con un *Foto-Club* que no tiene nada que envidiar á otras sociedades de este género establecidas en el extranjero.

El marqués, que paso á paso habia seguido todos los adelantos hechos en el arte de Daguerre, fué el primer iniciador del *Foto-Club*.

Y, lo que sucede siempre que el iniciador es persona de talento y de constancia: á los pocos dias de pensada la idea fué puesta en práctica y constituyóse el *Foto-Club*, formándose tan solo diez socios, algunos de los cuales desconocian casi por completo los primeros rudimentos de la fotografia.

Data la fundacion del *Foto-Club* del 1.º de enero de 1888, y actualmente tiene sus talleres en la calle de Villalar, núm. 6.

El local, donde se dedican con verdadero cariño á las tareas fotográficas todas las distinguidas personas que forman tan aristocrática sociedad, reúne cuantas exigencias—que no son pocas—reclama el difícil y curioso arte de la fotografia. Básteme decir que muchos fotógrafos industriales quisieran para sí el mencionado local.

Pero el marqués de Berges, despues de haber inculcado á sus consocios sus artísticas aficiones, comprendió que podia sacar de su idea un provechoso partido. Prometiéndose hacer una exposicion fotográfica nacional, y, ya se sabe, idea concebida por el aristócrata presidente del Club, idea puesta en práctica al día siguiente.

Al efecto se construyó en el Jardin del Buen Retiro un elegante kiosko de forma rectangular, donde, á más de los socios del *Foto-Club*, han presentado magníficos trabajos los mejores fotógrafos de la corte y algunos de provincias.

La instalacion del centro del pabellon, reservada á los socios del Foto, afecta una forma diagonal. Cada lado ostenta los trabajos de un socio. Vénese allí retratos, vistas, paisajes, marinas y grupos de los señores marqués de Berges, condes de la Corzana y de Esteban Collantes, marqués de Casa Mena, Vaquez Queipo, Pellico, Borrel y Salinas, quienes por su buen gusto y perfecto conocimiento del arte en los diferentes procedimientos empleados han merecido que los fotógrafos industriales los denominen con el nombre de *Mata-fotógrafos*.

Hay, además, varias instalaciones de notables aficionados, entre las que figuran un precioso estereoscopio, compuesto de 50 vistas transparentes que son suficiente prueba del buen gusto que caracteriza á su autor, el Sr. Melgarejo.

El señor marqués de Berges presenta tambien dos fotografías transparentes de gran efecto. Este trabajo, que acreditaria al más afamado fotógrafo, es uno de los mejores de la Exposicion.

El Sr. Lopez Peralta (D. Simon) ha presentado una admirable prueba directa al carbon representando las

ruinas de la colonia de Saigon, que llama muchísimo la atencion.

El retocador del Club, D. Bernardo Manzano, un hábil artista, presenta dos delicados y preciosos trabajos de foto-pintura y un retrato para los efectos del retoque.

El conde de la Corzana, uno de los más hábiles socios del *Foto Club*, ha expuesto una magnífica colección de retratos que el más afamado fotógrafo no se desdenaria de firmar. Y conste para los profanos en el arte fotográfico que es mucho más difícil y tiene más mérito un simple retrato que reproducir en la placa el más complicado paisaje.

La práctica ha introducido en este acto importantísimas mejoras, haciéndole llegar casi á la perfeccion, para alcanzarla, falta á la fotografia resolver el problema de la fijacion del color.

Mucho se ha trabajado para conseguirlo y muchas veces se ha creido resuelto este problema; pero hasta ahora, desgraciadamente, continúa sin resolverse.

¿Llegará á lograrse? Indudablemente. Que los aristócratas socios del *Foto-Club* se consagren á resolverlo.

F. M. LANUZA REDONDO.

MOSÁICO MADRILEÑO

La Fábrica de Tabacos. — Propaganda benéfica. — Dos céntimos de castañas. — Don Ramon Torres Muñoz de Luna.

La Sociedad arrendataria no volverá ya á oír las repetidas acusaciones de que no arde su tabaco: todos los madrileños hemos podido comprobar que arde como si fuera yesca, y que una vez encendido, no tiene el Lozoya candal bastante de aguas para apagarlo. Verdad es que tambien ha arvido la obra de fábrica, y que á nadie se habrá ocurrido fumarse una viga ó unas hiladas de ladrillo.

El hecho triste y positivo es que la Fábrica de Tabacos de la calle de Embajadores ha sido víctima de un horroroso incendio, y que seis mil operarios se han quedado provisionalmente en la calle, hasta que el gobierno resuelva dónde colocarlas. Verdad es que seis mil mujeres no son fáciles de colocar, y que aún habria sido mayor el conflicto, si no poseyéramos el Palacio de la Industria en lo alto de la Castellana.

Y ¡qué inmensa tristeza y qué cuadro desolador el que presentaba el edificio consumido por las llamas en los momentos en que la reina Cristina, con una de sus felices inspiraciones, acudia para prestar consuelos y llevar esperanzas á algunos millares de mujeres, madres tambien muchas de ellas! El denso humo enrareciendo el ambiente, las llamas estrechando con su mortal abrazo las paredes de las estancias y depósitos; todas las autoridades en su puesto de honor, todos los heroicos bomberos de Madrid realizando los más temerarios empeños entre las vigas que crugian y las paredes que se desplomaban y el incendio que, pareciendo extinguido en algunos lugares, surtía de nuevo con voraz coraje, como si le hubieran alimentado con torrentes de materias inflamables, y rodeando al edificio, con ansiedad, sollozos y llantos infinitas mujeres que temblaban al considerar que allí acaso estaba sepultándose el pan de sus pobres hijos!

Hay formado un concepto tan grosero como erróneo de las cigarrereras de Madrid: artículistas y poetas cómicos nos las presentan como las herederas directas de la manola de fines del siglo XVIII, hermosas, jóvenes, osadas, rebeldes á toda autoridad, armando broncas por un quitame allá esas pajas, burlándose de los agentes de orden público y más ó ménos accesibles á los requiebros y al amor; pero todo esto no pasa de ser una pintura convencional para conseguir determinados efectos en la escena ó en el periódico. Claro que allí donde se cuentan cerca de seis mil mujeres; ha de haber de todo, hasta de lo que sueñan los escritores; pero la inmensa mayoría no es así. Hijas, esposas ó madres de jornaleros, acuden á la Fábrica para ganar un jornal exiguo, teniendo muchas de ellas que coniar á sus tios hijos á cuidados ajenos; víctimas de la pobreza en sus casas, víctimas de la usura en la Fábrica, su trabajo incesante suele servir solamente para ganar el pan del mismo día; pero nunca el del siguiente, y hay muchas, muchas, que con su trabajo suplen las deficiencias del de sus maridos, pues ellas marchan directamente á sus casas cuando salen de la Fábrica, mientras que ellos... ¡Hay tantas tabernas por el camino, sobre todo los sábados!

Por eso las pobres cigarrereras, viendo arder su querida Fábrica, creian que los altos techos se derrumbaban sobre ellas con inmensa pesadumbre, que aquellas llamas lamian sus cuerpos y que aquella densa humareda, apoderándose de sus gargantas, las asfixiaba. Por fortuna, la Sociedad arrendataria ha resuelto pagarles sus jornales, aunque más adelante lo desquite, el gobierno se ha apresurado á facilitar nuevo local para que puedan

seguir las labores, y la piedad de la reina ha iniciado un movimiento de caridad para el auxilio de las pobres cigarrereras.

Hasta los estudiantes madrileños, sacrificándose en su obsequio, han transigido con no asistir á clases y recorrer las calles junto á una carretela y seguidos de murgas, recaudando donativos para las cigarrereras.

Paréceme, no obstante, que este sacrificio habrá sido estéril, pues hoy por hoy, la victima verdadera no han sido las obreras sino la Sociedad arrendataria.

Y á nadie se ha ocurrido echarse á la calle para postular en favor de la misma... y de los accionistas.

La Sociedad protectora de los Niños, y en su nombre el señor duque de Veragua, ha dirigido á la prensa un sentido escrito, pidiéndole apoyo para que el público concurra á facilitar los nobles fines de tan benéfica institución. La muerte ha privado á la misma de muchos de sus individuos; la ausencia de otros; tal vez el cansancio y la incuria del carácter español han contribuido á disminuir el número de los sostenedores de la sociedad y esta, comprometida en su fin piadoso, llevando sobre sí el peso y el cuidado de muchos huérfanos, de muchos abandonados y de muchos enfermos, necesita redoblar su actividad y sus esfuerzos para continuar la obra. Que esta es ya conocida, lo demuestra el hecho de que las autoridades y particulares la encomiendan á muchos niños; pero que no es bastante conocida, pruébalo tambien la triste circunstancia de que la junta directiva se vé imposibilitada de satisfacer las necesidades de los tiosos aislados, procurarles alimentos y medicinas y satisfacer los gastos de la administracion del Asilo.

Aun cuenta la sociedad con un recurso extraordinario: los fondos recaudados para levantar un hospital de Niños incurables; pero como las donaciones se han hecho taxativamente con este fin, el recurrir á dicho fondo equivaldria á desatender una parte de las necesidades de la infancia por atender á otras. Por esto no se ha tocado, por esto no se tocará dicho fondo; pero la Junta directiva necesita del apoyo de las personas pudientes y generosas.

No basta compadecer á las desgraciadas criaturas, que sin casa ni familia, abrigo ni alimento, duermen en el quicio de una puerta, durante las crudas noches del invierno.

No basta sentir que el pobre niño enfermo muera acaso por falta de asistencia científica.

No basta lanzar ruidos anaemias en conversaciones privadas, ni aun en trabajos periodistas, contra los muchos explotadores que viven de los niños, haciéndolos mártires, gimnastas ó mendigos.

Es necesario algo más y este algo puede y debe manifestarse por las personas acomodadas, bien inscribiéndose en la lista de individuos de la Sociedad, bien concurriendo con sus donativos al fomento del fondo social.

La miseria de los niños me recuerda otro asunto triste ocurrido asimismo dentro de la semana.

Hace pocas noches que en la calle de Leon accoróse un niño mendigo á una castañera, pidiéndole dos céntimos de castañas. La castañera le dijo con mejores ó peores modos que no se podia servir aquella cantidad, y cuando el niño iba á retirarse desconsolado, un caballero, alto que habia pasado por el lugar del suceso retrocedió hasta el puesto de castañas y sacando un real del bolsillo hizo que la castañera diera al mendigo su equivalente en el género que expedia.

El caballero caritativo marchaba al siguiente día á Málaga y allí falleció poco despues, victima de una pulmonía.

Llamábase D. Ramon Torres Muñoz de Luna.

Era el Sr. Luna doctor en farmacia, Catedrático de química en la facultad de ciencias, Consejero de sanidad y de agricultura, industria y comercio, Gentil hombre de cámara, condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y la de Beneficencia de primera clase. Sus lecciones en el Ateneo de Madrid; los premios conquistados en públicos concursos de las reales Academias; su participacion en algunos Congresos científicos europeos, su laboriosidad incansable y el haber sido, por razon de su cargo, catedrático de toda la brillante juventud moderna que ha cursado la medicina, la farmacia y la carrera de ciencias, hacen del Sr. Muñoz de Luna una personalidad muy saliente y muy simpática; que supo vivir dejando amistoso recuerdo en todos sus discípulos y que ha concurrido positivamente al progreso de la ciencia química y de la agricultura con un contingente de estudios, observaciones y libros dignos de toda consideracion.

M. OSSORIO Y BERNARD.